

¿Me das una cerveza?

Interacciones entre barman y clientes en un bar de la ciudad de Córdoba.

Agustín Liarte Tiloca

Instituto de Humanidades-CONICET / UNC

agustinliarte@hotmail.com

Resumen

El presente trabajo se propone analizar un bar de la ciudad de Córdoba desde la óptica del interaccionismo simbólico de Erving Goffman, entendiendo al establecimiento como un escenario microsociológico donde los actores se presentan de un modo en que desean ser tratados e interactúan con otros actores en pugna por la definición de una situación de carácter comunicativo. Se indagará principalmente acerca de aquellos encuentros interpersonales dados por sentado, debido a su rutina o repetición en los usos, entre quienes trabajan en la barra del establecimiento y algunos participantes de los eventos festivos en calidad de clientes. En un mismo sentido, se discutirá sobre el lugar de la noción de vida cotidiana en estos espacios, pensando en una cotidianidad de la noche en tanto espacialidad que lindaría con lo excepcional de lo diario.

Palabras Clave: noches - fiestas - interacciones - cotidianidad - Erving Goffman.

Introducción

A modo de relato experiencial, mis primeros pasos en la investigación etnográfica se dieron en un establecimiento comercial de la ciudad de Córdoba, donde se organizaban fiestas nocturnas apuntadas a un presunto público homosexual, más precisamente a varones que autoadscribían a la categoría *oso*, o que se sentían atraídos por su presentación de sí esbozada como masculina.¹ Si bien uno de los ejes principales de indagación fueron prácticas de sociabilidad y formas de habitar la pista de baile, a partir de las cuales me interesó acercarme a diversos modos de (re)producir una serie de subjetividades particulares, también accedí a otras interacciones que se dieron entre los trabajadores de la barra del local y los participantes de los encuentros festivos. A pesar de ello, por variados motivos, como ser los parámetros de extensión de un trabajo final de licenciatura o la poca importancia brindada en aquel momento al mencionado espacio, el mismo quedó en el tintero de las teclas.

¹ El trabajo llevó por nombre *El más heterosexual de los homosexuales. Una etnografía sobre osos y fiestas de osos en Córdoba*, dirigido por el Dr. Gustavo Blázquez y codirigido por la Dra. María Gabriela Lugones. El estudio se enfocó en la construcción performativa de una masculinidad particular en dichos eventos, indagada desde la observación participante en los mismos y entrevistas biográficamente centradas con varones que asistieran a ellos. Dicha investigación me valió la obtención del grado de Licenciado en Antropología por la Universidad Nacional de Córdoba.

En este sentido, a partir de las lecturas de Erving Goffman sobre aquellas relaciones interpersonales que damos por sentadas debido a su rutina o repetición en los usos, me propongo analizar aquí otro bar cordobés. Dentro de este orden de ideas, el mismo fue concebido como un escenario microsociológico, donde los actores se presentaban del modo en que deseaban ser tratados e interactuaban con otros actores en pugna por la definición de una situación de carácter comunicativo. Puntualmente, emplearé algunas categorías plasmadas por el sociólogo estadounidense en sus obras *La presentación de la persona en la vida cotidiana* (1993 [1959]) y *Relaciones en público* (1979 [1971]).

De la primera de ellas, me valdré de la batería de conceptos empleada por el autor para abordar la puesta en escena de una actuación profesional por parte de quienes atendían la barra, con énfasis en la región anterior y posterior de la misma a modo de escenario interaccional. Me serán de utilidad concepciones como equipo de trabajo, en tanto el seguimiento de una línea particular generadora de (des)acuerdos y la toma del rol dramático por parte de uno de sus miembros, posibilitaron la descripción de los modos de atención para con los clientes. Ciertas reglas de decoro y cortesía, como así también una serie de saludos diferenciados dependiendo de las relaciones de familiaridad con los clientes, me habilitaron pensar en rutinas distintivas dependientes de las múltiples situaciones que en dicho contexto tuvieron lugar.

Por otro lado, de la segunda obra consultada fueron provechosas las nociones referentes a la implantación y mantención de un territorio del yo a partir del acercamiento de los clientes a la barra. El pedido de una bebida fue tomado como la generación de una reserva personal en forma de turno, aunque el mismo no respetaba exclusivamente las temporalidades de llegada, sino que podía basarse en otros factores relativos a la existencia previa o no de relaciones entre barman y cliente, así como también a ciertas actitudes físicas de los compradores. Asimismo, retomaré la glosa corporal expresada por los trabajadores de la barra en concordancia al inicio de una interacción de compra/venta de una consumición, donde el lenguaje verbal era dejado de lado en pos de la gestualidad.

Finalmente, intentaré brindar algunos pensamientos preliminares acerca de las concepciones de vida cotidiana y una supuesta excepcionalidad que conformaría la noche, en tanto espacialidad que lindaría con la ruptura de la pesada carga del trabajo diario. Mediarán aquí algunas concepciones de la filósofa húngara Ágnes Heller (1985 [1970]), en tanto un desandado de la dicotomización de dichas categorías.

El bar y sus escenarios

La posibilidad de observar este bar surgió tras conversar con una amiga, quien se encontraba realizando trabajo de campo en el establecimiento ubicado en la zona céntrica de la ciudad, uno de los más antiguos con 20 años de trayectoria dentro del circuito de una noche gay cordobesa. Decidimos llevar adelante visitas en conjunto, ya que ambos podíamos efectuar nuestras actividades investigativas y ayudarnos mutuamente, sumado al hecho de que el local abría sus puertas de martes a domingos, pudiendo concretar no una observación aislada sino la sucesión de una semana de duración que brindara un cúmulo importante de datos etnográficos.²

Recurríamos al uso de mensajes telefónicos y al sistema de conversación electrónico de una red social virtual al momento de reunirnos, acordando en qué punto cercano al bar y a qué hora nos iríamos a encontrar. Del mismo modo, nos consultábamos sobre qué vestimenta usar –dependiente del clima nocturno, cambiante en el transcurso de la semana–, construyendo así una “apariencia personal” (Goffman, 1993 [1959]: 36), entendida como ciertos estímulos informativos que indicaran nuestro estatus de consumidores de performances festivas nocturnas. En otras palabras, escogíamos una indumentaria que catalogábamos como para una noche de “joda”: pantalones vaqueros, remera musculosa o camisa, y zapatillas negras de cuero (en mi caso). En esas conversaciones previas, también planeábamos una suerte de rutina de recorrido del local, puntualizando qué observar en cada ocasión pero dejando abierta la puerta al azar y las sorpresas que pudieran depararnos las estadías. Esos cambios en los acuerdos anticipados podían consistir en encontrarnos con personas conocidas, o que los espacios donde pensábamos quedarnos estuviesen ya ocupados, lo que nos obligaba a replantear nuestros pasos.

Tras dejar el auto de mi amiga estacionado en la misma cuadra del bar, comprábamos cigarrillos y chicles en un quiosco cercano para luego dirigirnos hacia la puerta del establecimiento, instancia en la que éramos recepcionados por un muchacho al que saludábamos sin detenernos. De allí ingresábamos por un pasillo con seis escalones que ascendían y desembocaban en un mostrador, atendido por otro de los empleados del local, donde abonábamos \$5 en caso de arribar antes de la una y media de la mañana, o \$30 en su defecto. Para el segundo de los casos, el pago más oneroso

² La semana escogida para las observaciones fue del martes 18 al domingo 23 de noviembre del 2014, presentando una versión preliminar de este escrito como trabajo final para el seminario de posgrado “Teoría y metodología en la obra de Erving Goffman”, dictado por el Dr. Ernesto Meccia en el marco de la Maestría en Antropología (FFyH-UNC).

permitía la obtención de una consumición que podía ser cambiada por una bebida en la barra, elemento que será retomado posteriormente.

Sorteada dicha instancia, delante nuestro se abría una amplia zona donde se disponían mesas cuadradas y sillas con respaldar de lona, mobiliario metálico plegable que recordaba a los presentes en otros locales relacionados con el aire libre y las noches de verano. En la pared derecha colgaban unas letras rojas con purpurina brillante que conformaban el nombre del bar y la frase “20 años” –en alusión a reciente vigésimo aniversario del local–, enmarcadas en su parte superior y laterales cual cortinado por una tela con los colores del arcoíris (símil bandera del orgullo gay).³ También se disponían unos butacones forrados en cuerina con imágenes en blanco y negro de Marilyn Monroe, entre otras divas, posando en lo que parecían ser tapas de revistas. Por su iluminación más tenue en relación al resto del bar, el espacio se destinaba a las conversaciones íntimas entre amigos, parejas o conquistas logradas fortuitamente; reconocibles estas últimas por el acercamiento de los rostros, las palabras al oído y las sonrisas cómplices entre los participantes.

Hacia el final del sector, estrechándose el espacio disponible para transitar, se accedía a un pasillo de no más de cinco metro de longitud y dos cuerpos de anchura, con puertas en ambos extremos. Cuando las mismas se cerraban solía organizarse un túnel liberado al disfrute de los besos y caricias homoeróticas, situación ya desaparecida debido (quizás) a disposiciones gubernamentales o directivas del dueño del establecimiento, decisión tomada a mediados de la primera década del corriente siglo. En la actualidad hace las veces de camino de paso que conecta con los baños, divididos éstos en tres habitaciones: uno destinado a los varones, otro para las mujeres y un último de mayores dimensiones provisto como camerino para los artistas que se presentaban en las diferentes veladas. Era usual encontrar una persona sentada en una banqueta cuidando que quienes requerían el uso de las instalaciones sanitarias se

³ También llamada *rainbow flag*, fue diseñada en 1978 por Gilbert Baker en San Francisco, y empleada por primera vez durante la celebración de la marcha por el día de la libertad gay realizada el 25 de junio del mismo año en dicha ciudad. La inspiración de este símbolo podría pensarse como el entrelazamiento de dos alegorías: por un lado, la canción *Over the rainbow* interpretada por Judy Garland en la película “El mago de Oz” de 1939; y, por otro lado, los motines del Stonewall Inn de 1969 donde se enfrentaron los asistentes del bar contra las fuerzas policiales tras un intento de razzia, recuperados en una memoria militante como un hito fundador de los posteriores movimientos de lucha por los derechos civiles de las “minorías” sexuales. Cada uno de sus colores fueron pensados para simbolizar un atributo: el rojo la vida, el naranja la curación, el amarillo la luz del sol, el verde la naturaleza, el celeste la magia y el arte, el azul la armonía, y el violeta el espíritu. La bandera original contaba con una franja superior de color rosa que figuraba la sexualidad, pero tuvo que ser removida debido a incompatibilidades con la maquinaria empleada en su confección.

dirigieran al que correspondiera con su expresión de género, basada la misma (en parte) en una presentación de sí de la “fachada” goffmaniana (Goffman, 1993 [1959]: 33-34) que aunaba aquellos elementos cargados de dotación expresiva que cada actor empleaba en la definición de una situación, ubicándolos como sujetos sexo-genéricamente identificados y diferenciados.

A la izquierda del área de las mesas, y antes de llegar a los baños, se preparaba la pista de baile. Montado en un rincón de la misma se erigía un escenario elevado de madera de pequeñas dimensiones donde se realizaban shows de transformistas, que variaban desde karaokes hasta rutinas que aprovechaban las apariencias físicas de los asistentes como fuente generadora de humor provocativo, configurando un cronograma semanal en el que cada una de las artistas se adueñaba de una noche en particular. Una falsa pared ubicada en la parte posterior delimitaba el “trasfondo escénico” (Goffman, 1993 [1959]: 123), separando física y visualmente los espacios destinados para la danza de los participantes de las fiestas y la entrada al camerino. Como recinto de preparación y relajación, era aquí donde las “máscaras” (Goffman, 1993 [1959]: 31) de las protagonistas se construían antes de la presentación y se distendían posteriormente, para luego compartir una bebida con sus allegados o recibir felicitaciones y muestras de cariño por parte de los espectadores.

De espaldas al escenario se abría otro pasillo a mano derecha, utilizado mayormente por los participantes de las fiestas para consumir bebidas sentados en banquetas altas o apoyados contra la pared, posición también adoptada para contemplar los shows. El pasaje conectaba la pista de baile con una zona contigua al hall de entrada, separa de este último por una arcada y una abertura similar a una ventana sin hojas. Aquí se disponían cuatro sillones forrados con la misma cuerina que los butacones mencionados anteriormente, enfrentados en dos pares y con una mesa de tipo ratona entre cada dúo mobiliario. Junto a éstos se establecieron tres mesas altas con banquetas, uno de los primeros sitios que solíamos ocupar con mi amiga una vez que ingresábamos al bar, debido a su cercanía con el centro de las escenas que queríamos observar.

Como pudo notarse, el camino recorrido en la descripción trazó una suerte de círculo, uniendo cada una de las habitaciones del establecimiento, pero dejando el centro sin mencionar. Acondicionada como si fuese una isla en medio del bar, y atravesada por una pared de la cual habían removido las puertas para posibilitar el paso entre las alas derecha e izquierda, se alzaba la barra. De aproximadamente un metro y medio de altura, destacaba por el color rojo de su pintura y la ubicación, distinta a otros

locales a los que habíamos asistido en oportunidades pasadas, donde solía encontrarse contra una pared o un rincón. Presentaba una figura ovoide en la cual cada una de sus puntas se destinaba a una actividad central dentro del armado de una noche de fiesta: mientras que en la zona cercana a la entrada del establecimiento se expedían las bebidas, el extremo opuesto alojaba la cabina del DJ junto al control de las luces. Por el contrario, en los costados no se realizaban este tipo de trabajos, sino que eran ocupados por algunos asistentes de las celebraciones como espacios de conversación y consumo de líquidos, pudiendo contemplar a otros concurrentes que tal vez fuesen de su agrado.

A los fines del análisis voy a entender a la barra desde dos perspectivas. La primera de ellas involucraba al mobiliario en su totalidad, es decir, a toda el área ocupada por la barrera formada de madera que guardaba en su interior a los gestores de la música y el alcohol –concibiendo ambos componentes como inductores de un éxtasis festivo particular–. La segunda acepción, de la que me valdré de ahora en adelante, comprendía solamente el sector en el cuál se producían las interacciones entre los bármanes y los clientes.

Entre equipos, regiones y territorios

A modo de pauta de trabajo convenido con mi amiga, procurábamos arribar al bar dentro de la franja horaria donde era más barato el pago de la entrada, aunque no por un motivo monetario, sino para aprovechar la mayor cantidad de tiempo posible en las observaciones. Asimismo, buscábamos el fin particular de apreciar cómo iba cimentándose el armado de la barra, los desplazamientos de los bármanes en relación a los insumos necesarios para preparar y servir las bebidas que luego serían consumidas. En términos de Erving Goffman, asistíamos a los últimos detalles de la puesta en escena del “medio” (Goffman, 1993 [1959]: 34), actividad que prefigurábamos como iniciada horas antes con la limpieza del lugar, el acondicionamiento de las mesas y la *mise en place* de la barra. Esta última actividad podía consistir en el enfriamiento de las bebidas, el fajinado de los utensilios que fueran a ser manipulados para la confección de algunos tragos, y el repaso del inventario de mercadería (entre otras cosas).

Como se trataba de un establecimiento social fijo, donde los actores debían recorrer parte de la ciudad ya sea caminando o en vehículos varios, la actuación no podía comenzar hasta su llegada. Allí se emprendía la conformación de los “equipos” de trabajo (Goffman, 1993 [1959]: 90) antes de la apertura de las puertas del bar, cuyo número de miembros podía variar dependiendo de la noche en particular dentro del

calendario semanal o de la cantidad de clientes presentes en el local. Por ejemplo, el día martes hubo un número menor de personas en relación al resto de la semana, por lo que solamente se hizo presente un barman en su puesto, componiendo un “equipo unipersonal” (Goffman, 1993 [1959]: 96). De este modo, podía pensarse que como único responsable de la barra recaían sobre sí todas las decisiones y posiciones de la implantación de una rutina frente a los clientes, aunque era posible discurrir que la definición de la situación dependía también de otros actores de status jerárquico diferente, como el dueño del local. Contrariamente, durante el fin de semana la afluencia de concurrentes fue mayor y se dieron momentos de agolpamiento frente a la barra. Tal fue el caso del instante posterior al show del día sábado, en el que aproximadamente treinta personas se dirigieron a comprar bebidas. En esta ocasión, los dos bármanes presentes no fueron suficientes para cubrir la contingencia en la demora del servicio, por lo que debió sumárseles un tercero para agilizar la entrega de las consumiciones.

En cuanto a las interacciones dentro del equipo de la barra, pudimos observar que sus miembros mantenían un trato cordial y amistoso entre sí, dedicándose sonrisas en los momentos de saludos y pasajeras conversaciones mientras no hubiese clientes. En otras palabras, por lo general se daba un control de la performance que los posicionaba como profesionales del servicio, manteniendo una actuación coherente y sin aparentes brechas que pudieran generar dudas en el auditorio. No obstante, tomando en cuenta que múltiples son los factores que influyen sobre una representación dada, algunos movimientos pudieron provocar una “nota falsa” (Goffman, 1993 [1959]: 98) en términos de la ejecución y control de una situación.

Para analizarlo desde una experiencia vivida, acopio un hecho sucedido durante la fiesta del día miércoles, velada en la que llegamos al local unos minutos pasada la una y media de la mañana. Tras pagar el precio correspondiente y obtener nuestro ticket de consumición, nos dirigimos a la barra para averiguar qué bebidas estaban contempladas dentro de las posibilidades. Nuestra meta era conseguir una cerveza, pero prontamente se nos explicó que para ello debíamos abonar un dinero extra cuyo monto dependía si empleábamos un ticket o ambos. Aceptamos el intercambio por una de las consumiciones, guardando la de mi amiga para otro momento de la noche. Mientras uno de los bármanes buscaba la botella de cerveza y comenzaba a verterla dentro del vaso plástico, le preguntamos a otro que se encontraba parado frente al área donde guardaban el dinero cuánto le debíamos –a sabiendas de la respuesta–. Sin brindarnos una

contestación rápida, le devolvió la interrogante a su compañero, inquiriendo si debía cobrarnos veinte o treinta pesos, a lo que éste le contestó que la segunda opción era la correcta.

La interpelación de un barman para con el otro fue sumamente interesante, puesto que nos permitió cuestionar sobre los criterios de unanimidad como requisito de mantención de una rutina. Quizás no existió un acuerdo previo en relación a los precios a cobrar por cada uno de los productos ofrecidos, o tal vez se trataba de un empleado recientemente incorporado que aún no se hallaba sumergido en todos los detalles de su posición –como el conocimiento de los importes–. Sea cual fuere, la búsqueda por la “palabra oficial” (Goffman, 1993 [1959]: 99) del otro barman resultó en una toma de decisiones no precipitada, resolución que brindó una salvaguarda frente a otras circunstancias que pudieran haber sido más problemáticas. Pienso en el pedido de una suma de dinero menor a la que en realidad era, generando una pérdida en la caja al cierre de la misma, lo que habría desencadenado al menos dos posibilidades. Por un lado, el barman que poseía el conocimiento fehaciente de los precios podría haber reprendido inmediatamente a su compañero por el descuido y la inconsistencia de su papel, aunque eso habría producido un choque al encontrarse clientes en las inmediaciones. Por otro lado, se prestaba la opción de una amonestación frente al error una vez finalizada la fiesta, con las luces del establecimiento encendidas, la música apagada y toda persona ajena al medio fuera del local. En cualquiera de las alternativas, a quien poseía información más abundante y precisa le fue conferido el “control de la acción dramática” (Goffman, 1993 [1959]: 108), deviniendo momentáneamente en director de la actuación.

De estas interacciones entre los miembros del equipo de trabajo solamente podíamos observar lo que la barra nos permitía, delimitando parcialmente nuestro campo de acción. La misma se alzaba hasta la altura media de nuestros torsos. En su parte inferior presentaba un tubo metálico de color bronce, fiel a lo que se denomina como pub tipo inglés, sin sillas o banquetas inmediatamente contiguas al mobiliario de servicio. En el plano superior se extendía la tapa de barra, un espacio interaccional de unos cuarenta centímetros de ancho donde habían pegado el menú de tragos elaborados disponibles. La sectorización demarcada por este soporte material generaba una barrera a la percepción, limitación que a su vez evitaba que cualquier persona no autorizada ingresara al área de trabajo.

En términos de un análisis goffmaniano no encontrábamos frente a la “región anterior” (Goffman, 1993 [1959]: 118), lugar donde se desarrollaban las actuaciones de expendio de bebidas. Aquí se desplegaron un conjunto de normas que los bármanes debían cumplir, ya sea porque estuviesen sometidos a ordenanzas municipales de habilitación comercial del establecimiento, o porque determinadas actitudes podrían haber herido las sensibilidades de su auditorio en términos de preceptos morales. Estos conjuntos de reglas y requisitos, que el sociólogo estadounidense ubica dentro de la noción de “decoro” (Goffman, 1993 [1959]: 118), suponían que aquellos que ostentaban un lugar de trabajo debían mantener una presentación de sí acorde a su posición. Es decir, mientras estuviesen siendo vistos debían mostrarse como personas que cumplían con sus obligaciones, y que a su vez lo hacían de la mejor manera posible. Una de esas formas era el “aparentar que se trabaja” (Goffman, 1993 [1959]: 120), regla que se daba mayormente mientras hubiera compradores inquiriendo bebidas en la barra. Podía suceder que entretanto un barman servía una cerveza o preparaba un trago, su compañero ordenaba la mesada de trabajo. Del mismo modo, el acomodar los sorbetes o limpiar las gotas sobrantes de las botellas utilizadas para evitar mancharse posteriormente las manos, también constituían muestras de que su rol era necesario e importante dentro del equipo de trabajo.

En caso contrario, y a pesar de que constantemente circulaban personas frente al sector, se daban momentos en los que los bármanes realizaban acciones que podríamos pensar como por fuera de una rutina profesional. La más repetida fue el uso de los teléfonos celulares, con las pantallas iluminándoles el rostro mientras los utilizaban sobre la barra, con los codos apoyados y las manos sosteniendo el dispositivo. Los mismos eran dejados de lado cuando alguien se acercaba, pero no rápidamente como si se tratara de algo perjudicial que hubiesen sido vistos en el hecho, sino como un paso que no guardaba grandes miramientos. Pueden mencionarse otros ejemplos, como cuando un barman arrojó el palito plástico de un chupetín por sobre la barra, aterrizando en la zona de mesas altas ubicada frente a su región; o los bostezos sin taparse la boca u ocultarse de espaldas a los clientes. Esto nos indicaba que por más avezado que sea un actor en el buen cumplimiento de su papel, muchas veces ciertos elementos de aquello que no debía ser notado por el auditorio se traslucieron y escaparon al control de la situación.

Estas eventualidades quizá hubieran pasado inadvertidas de contar la barra con una “región posterior” (Goffman, 1993 [1959]: 123), donde los bármanes despejaban su

cansancio o pudieran comunicarse telefónicamente con sus conocidos. Empero, y como describimos anteriormente, al tratarse de un espacio ubicado al centro del establecimiento y no en un rincón que ocultase estas acciones posiblemente contaminantes del tratamiento ceremonial de la situación, es que las mismas se dieron frente a la presencia de un auditorio clientelar. De modo semejante, en relación a dónde uno estuviese parado podían entreverse las heladeras con las botellas de cerveza cerradas a espaldas de los bármanes, o los cajones con botellas vacías a un costado de la cabina del DJ, que eran luego arrastrados hasta la zona a mano derecha de la barra. Asimismo, ubicados a mano izquierda se apreciaba la mesada de trabajo y el movimiento de los brazos a la hora de preparar las consumiciones. Posiblemente esto se debía a que una buena forma de mostrar que el establecimiento ofrecía un servicio confiable e higiénico era brindar la posibilidad de atestiguarlo por uno mismo, desplegando parte del equipo ceremonial de las fiestas, como los envases cuyo contenido iba a ser adquirido.

A pesar de estos casos y las condiciones espaciales de trabajo, no debíamos perder de vista que al final de cuentas se trataba de un local comercial, por lo que debía prevalecer una conducta apuntada a la venta de bebidas y los buenos tratos para con los clientes. Rescato en este punto las experiencias de acercamiento a la barra, instancias que daban por inicio a las interacciones en el momento mismo de desear beber algo. Al ver que nos aproximábamos, el barman empleaba una particular “glosa de orientación” (Goffman, 1979 [1971]: 141) para indicarnos que se encontraba dispuesto a atendernos: las manos apoyadas hasta la mitad sobre la madera, con la parte baja de la palma flotando, y la mirada adelantada hacia nosotros teñida de un levantamiento de cejas. Estos gestos nos servían como prueba de sus intenciones, alentando que nos orientásemos hacia el pedido de una consumición, ya sea que lo hubiésemos decidido con antelación o bien que la elección se diera frente a la barra.

Las aproximaciones de los clientes nos sugerían, de este modo, una “reivindicación” (Goffman, 1979 [1971]: 46), donde el bien buscado era un espacio para poder efectivizar la compra de una bebida, siendo cada comprador un reivindicador tanto de sí mismo como de sus amigos (si los hubiera). Se planteaba así un territorio situacional, cuya duración de apropiación y uso dependía del tiempo que demorase cada transacción y la cantidad de personas que funcionasen las veces de obstáculos para una álgida atención. En este punto, dependiendo del número de clientes deseosos de adquirir

un trago se esbozaban diversas situaciones, que a su vez delimitaban una zona de actuación y reclamo interaccional.

Cada actor ubicado frente a la barra representaba la ocupación de un “espacio personal” (Goffman, 1979 [1971]: 47), un contorno afectado por la posibilidad de que otros quisieran ser atendidos antes que uno o la altura de la persona, factor solventado en parte al pararse sobre el tubo metálico que confería unos centímetros extra de alcance por sobre la tapa de barra. Al ser un espacio limitado, el radio de atención de los bármanes se restringía al alcance de brazos que pudieran abarcar, sumado a la confluencia de clientes que en su deambular iban ocupando y desocupando espacios. Si no había un sitio disponible, era usual que se esperase detrás de alguien que estuviera realizando su compra: no demasiado cerca como para molestar al otro ni hacerlo sentir que se lo apuraba, ni tampoco tan lejos que pudiera sugerir a terceros que ese lugar estaba disponible para ser ocupado. El procedimiento iba (in)habilitando entradas y salidas, generando espacios libres que a su vez iban siendo apoderados por futuros compradores.

A diferencia de lo que podría suceder en una sala de espera o un colectivo, las personas frente a la barra permanecían en su sitio aunque fueran surgiendo nuevos puntos de interacción. El orden en que iba recibéndose el bien consumible en relación a un “turno” (Goffman, 1979 [1971]: 53), no bajo una configuración de fila sino en una estructura de línea de actores que debían estar presentes para hacerse acreedores de sus bebidas, dependía tanto de los tiempos de llegada como de otras circunstancias de índole vincular. Bajo estos parámetros, algunas veces primaba una norma inscripta en la temporalidad de arribo de los clientes, especialmente cuando eran pocos quienes deseaban realizar una compra. De ese modo, los tiempos de espera eran menores en relación a la cantidad de reivindicadores del bien líquido, agregado a una corta permanencia puesto que nadie robaría el turno de otro actor.

En otras oportunidades se anteponían normas diferentes que prevalecían por sobre la anterior, como eran las situaciones en las que se presentaban muchos clientes a la vez o cuando se apersonaba alguien conocido por el barman. Para el primero de los casos, notamos que a mayor la cantidad de personas intentando realizar una compra, mayor era la extensión que efectuaban de sus brazos. Con el dinero en la mano, algunos de ellos elevaban la voz para denotarse frente al equipo de trabajo, otros se paraban sobre el tubo metálico para acrecentar sus posibilidades de llamado de atención. De esta manera, se consumaban disputas por prevalecer por sobre el resto, resultando en una

probable atención que tomaba como eje la cercanía de las manos y no los turnos temporales. En el segundo de los ejemplos, se manifestaron expresiones que nos indicaban que existía una relación previa, en la que barman y cliente quizás eran amigos o conocidos por la asiduidad en las fiestas. Esto se apreciaba en los saludos sobre la tapa de barra, incluyendo besos, apretones de manos o abrazos; dependiendo de la familiaridad del vínculo que los uniera.

Los tratos diferenciales, no solamente en cuanto a los recibimientos más o menos de tinte afectuoso, sino también en relación a la atención de un cliente primero en lugar de otro, podían caer en “infracciones” (Goffman, 1979 [1971]: 61) de la interacción. Una de ellas se daba a partir de la forma de dirigir la palabra, transgresión que sucedía cuando los saludos entre un barman y su amigo incluían gritos de alegría, o contenían una breve conversación mientras quienes esperaban podían escuchar datos personales sobre los hablantes. Otro ejemplo se daba cuando el barman decidía atender a una persona que había llegado en segundo lugar, ignorando la espera del turno de quien le antecedía y el derecho a la obtención de su reivindicación. Asimismo, cabe mencionar los casos donde un cliente se encontraba detrás de la línea de personas frente a la barra, pero al ser parte del círculo de conocidos del barman le fue permitido inmiscuirse tras un ademán de bienvenida. El resultado podía pensarse como una “infracción territorial” (Goffman, 1979 [1971]: 66), en la cual un reivindicante se entrometía en la reserva personal de otro, empleando los codos al son de pedidos de permiso para poder pasar.

En definitiva, los encuentros escénicos allí montados constituían un medio microsociológico, desde donde fue posible observar puestas de atenciones diferenciales que nos hablaban de una “clasificación de grupos” (Goffman, 1979 [1971]: 53). Las gestualidades en términos de inicio de una escena de compra/venta o los saludos desigualmente aplicados, jerarquizaban a los clientes en categorías de personas, o bien los incluían en grupos preestablecidos según la norma que imperase en el momento. Los amigos eran atendidos con mayor celeridad, al igual que aquellos que hacían uso de su cuerpo de manera más intrusiva; mientras que los desconocidos o los tímidos debían aguardar un tiempo más prolongado, e incluso ver arrebatado su turno de servicio. En una línea similar, la zonificación hacía que los encuentros se desarrollaran en una región delimitada visual y territorialmente, pensando a los bármanes como un equipo que interactuaba con otros equipos conformados por los participantes de las fiestas. Si bien ésta fue la perspectiva más analizada en el presente escrito, no se trataba de una

actuación unidireccional en la cual solamente los gestores de las bebidas debían definir su situación. Por el contrario, apreciamos una retroalimentación en la que ambos grupos hacían uso de la posición de ejecutores de una actuación y auditorio de la misma, produciendo una mixtura de papeles.

En ambos casos, bajo la premisa de que es imposible no transmitir, la producción de misivas corporales muchas veces dejaba de lado la emisión de palabras. Cuando nos disponíamos con mi amiga a comprar una cerveza, las únicas sonoridades necesarias eran el pedido de la misma y el “*gracias*” tras su entrega. Las manos y los ojos del barman nos anticipaban su accionar, así como nuestro acercamiento también le predisponía a adoptar una rutina de atención al público. De esta manera, cada actor se presentaba frente a otros con un proceder particular, haciendo saber cómo deseaban ser tratado en el transcurso de la interacción.

A modo de conclusión

El análisis aquí presentado, donde abordé una serie de interacciones entre bármanes y clientes en un local nocturno festivo de la ciudad de Córdoba, despertó un conjunto de preguntas en relación a los significados que los concurrentes adjudicaban a estos encuentros.

En este sentido, un primer interrogante se dio a partir de la diferenciación con las celebraciones que etnografié entre marzo del año 2012 y diciembre del año 2013, investigación abocada a indagar sobre la construcción performativa de subjetividades en eventos nominados como *fiestas de osos*. En dicha oportunidad, el establecimiento organizaba aquellos encuentros bajo una temporalidad mensual, demarcando a su vez el ritmo de mis observaciones y la centralidad que corrió la pista de baile durante las mismas, elección que devino aleatoria en el transcurso del trabajo de campo. Aquí, la cotidianeidad no fue un eje que guiara el análisis, tomando esos fines de semana desde un cierto sentido común que oponía el día con la noche. Esta concepción al mismo tiempo delimitaba las temporalidades del trabajo, entendido como rutina, separado de los momentos de divertimento y excepcionalidad.

Por el contrario, un local que abre sus puertas de martes a domingos ofrecía todo un abanico diferente de posibilidades, donde la vida cotidiana podía ser repensada. Es en parte por ello que el enfoque dramático propuesto por Erving Goffman, tomado desde dos de sus libros, me permitió el abordaje de la barra como un espacio interaccional, que por lo general es dejado de lado en trabajos que indagan

sociabilidades en establecimientos destinados los mundos de la nocturnidad. En tanto escenario analítico, presentaba una obra que acontecía desde la apertura de las puertas del bar, con la llegada del primer cliente, hasta las cinco de la mañana. El horario, delimitado por normativas legales dependientes del ejido municipal de la ciudad, era indicado por las luces que se encendían y la música que cesaba. Desde una perspectiva de la vida cotidiana, podría pensarse que la asiduidad semanal, aunque acotada, me permitió sumergirme en aquellas actividades que para Ágnes Heller (1993 [1959]) constituyen el basamento de la cotidianidad. Éstas estarían signadas por una condición de reiteratividad, sucediendo bajo una escala diaria, lo que derivaría en un registro poco razonado o efectivo de las mismas. A la par, los planteamientos de la autora apuntan a develar el carácter social e históricamente transitado de lo cotidiano, presentando una organización contextualmente ubicada.

Una segunda interpelación se dio por el aparente mutismo que tuvieron los contactos en la barra con anterioridad, registradas apenas algunas actitudes demarcadas por las esperas en el servicio –como seguir moviendo las piernas al son de la música–, y la conexión directa del espacio con la pista de baile. Frente a ello, en el bar observado para la presente ponencia fueron palpables y constantes los acercamientos entre personas, los pedidos de bebidas y las escenificaciones de interacciones. En este caso, mayor fue el tiempo que permanecí en las inmediaciones de la barra, así como los viajes a realizar la compra/canje de una bebida o simplemente a observar mientras charlaba con mi amiga. En una línea similar, la pista de baile se hallaba en el extremo opuesto, por lo que la ubicación de un foco observacional devino más aleadaña, sentados en las banquetas altas mientras compartíamos una cerveza.

Entonces, ¿cómo afectaron esos contextos divergentes en las posibilidades de análisis? ¿Qué sucede con la oposición entre día y noche, como así también la separación entre actividad laboral y fiesta? ¿Qué pasa cuando el trabajo se realiza en la noche, cuando la rutina se produce donde debería reinar la excepcionalidad? Los tiempos se intercambian y las actividades se entremezclan. Estas oposiciones devinieron momentáneamente ineficaces, puesto que las rutinas laborales de los bármanes eran realizadas en las temporalidades supuestamente apuntadas al divertimento. En un giro similar, un local de apertura casi semanal podría pensarme como conformando una rutina festiva para algunos de sus asistentes, habitués que participarían de las celebraciones más allá de solamente los fines de semana.

Bibliografía

- Goffman, Erving. 1993 [1959]. *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Goffman, Erving. 1979 [1971]. *Relaciones en público. Microestudios del orden público*. Madrid: Alianza.
- Heller, Ágnes. 1993 [1959]. *Historia y vida cotidiana. Aportaciones a la sociología socialista*. México: Grijalbo.